





VICTORIA STARDUST



Jerzy P. Suchocki

VICTORIA STARDUST



Primera edición: julio 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jerzy P. Suchocki

ISBN: 978-84-18366-32-1

ISBN digital: 978-84-18366-33-8

Depósito legal: M-17148-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Algunas notas de *Victoria Stardust...*

Estimado lector, en caso de que quieras saber más del contexto o la razón por la que hice esta historia (o simplemente te gustó mucho y quieres averiguar más), aquí añado algunos datos curiosos respecto a esta obra.

La siguiente historia está inspirada (y bastante influenciada) por el género *space-opera*, especialmente aquel de los 60 y 70, en el que las obras de ciencia ficción podían ser tan extrañas y disparatadas como quisieran. No se buscaban explicaciones realistas, sino que se dejaba jugar con la imaginación e inventar todo tipo de situaciones que fuesen necesarias para entregar una aventura emocionante sobre viajes en el espacio, culturas de otros planetas, etcétera. ¡Cuando todo era sobre la aventura, pues! ¡La emoción de sucesos insólitos! Considero que en la actualidad es difícil encontrar historias o películas que generen esa misma emoción, salvo algunas excepciones. Por lo tanto, lo que quise hacer en esta obra era crear una aventura insólita, lejana al realismo serio que domina gran parte de las obras actuales, y solo seguir la extraña aventura de su protagonista. De esta forma, aconsejo al lector no buscar demasiada seriedad y solo dejarse llevar por la trama.

De igual manera, otro aspecto que influyó considerablemente en la obra (y que quizá fue su punto de partida) fueron las diversas canciones que diversos grupos compusieron respecto al universo o temas relacionados entre fines de los 60 e inicios de los 70. Tales obras me inspiraron a querer hacer una aventura espacial —y creo que quien conozca de estas podrá distinguir un par de referencias—.

Así pues, espero que esta obra sea del agrado del lector chico o grande... y que se deje llevar por la emoción de su aventura, que, debo admitir, quizá no sea más que un intento de homenaje a las obras aquí mencionadas, pero las cuales me han emocionado e inspirado en más de una ocasión.

Atentamente,

EL AUTOR

P. D.: *Han shoot first.*

1

A 2.000 años luz de casa

Despertó hallándose sin tener idea de dónde se encontraba ni mucho menos del cómo o por qué había llegado ahí, pero Victoria Locke, joven estudiante de astronomía de 23 años, estaba en medio de lo que pudiese describirse como un infinito vacío blanco, con nada alrededor. Llevaba únicamente una túnica, casi tan blanca como su entorno, de la que desconocía igualmente su origen —aunque esta era la menor de sus inquietudes—. ¿Qué era aquel extraño ambiente blanco y de apariencia infinita que la rodeaba en todas direcciones? ¿Cómo había llegado ahí? ¿O era acaso un sueño?

Trató de pensarlo un poco, pero se vio bloqueada de poder hacerlo al sentir un fuerte dolor de cabeza que la hizo llevarse sus manos a las sienes, por encima de su colorado cabello bicolor. La mitad de este era negro y la otra rojo vivaz, mas no se trataba de algo artificial, sino que érase una característica con la cual había nacido y hecho destacar en cualquier lugar en el que estuviese. Se le combinaba por pequeñas áreas —casi como si fuese un telón— y caía hasta su espalda, sobre su piel clara, pero repleta de pecas y lunares, los cuales podían hallarse en cualquier parte de su alta figura.

Se incorporó. Se situaba sobre lo que era una extensa superficie plana y lisa, así como bastante fría, similar a la de un piso de mosaico, pero que no se distinguía en lo más mínimo del inmenso entorno en que estaba.

—¿Qué es este lugar? —se preguntó, con las manos todavía sobre su cabeza.

Un eco resonó a lo largo del vacío por más de doce tonos. Miró a un lado y otro, desconcertada y sin ubicar nada en lo absoluto. Preguntándose si podría caminar por tal extraño ambiente, obtuvo su respuesta al estrellarse un par de pasos después contra una pared invisible que compartía las mismas características que el suelo. Arrojó un insulto y se frotó el rostro con una mano, mientras la otra distinguía la limitación de su caminata. Al parecer, se trataba de un perímetro visualmente indistinguible, pero que la delimitaba a lo que era un sector aproximado de tres metros de ancho por cuatro de largo y dos y medio de alto, lo cual descubriese con un golpe en su cabeza al momento de intentar brincar.

—¿Qué es este lugar? —se volvió a preguntar, ahora frotándose la cabeza.

El eco volvió a sonar doce veces, con la sorpresa de que esta vez una respuesta se dio a su espalda... pero no a causa de su pregunta y no de forma verbal. Detrás de ella, un portal se había abierto en algún punto de esas paredes invisibles de aparente blanco infinito, produciendo una luz amarillosa, pero que era parcialmente bloqueada por la ensombrecida figura de un pequeño ser peludo, con forma similar a la de un arbusto de jardín y de color azul en su pelaje, con brazos y piernas amarillos y delgadas, parecidas a las de las aves.

—¿Prisionera 22042017? —preguntó.

Su voz era chillona. Victoria dio un grito y se incorporó brevemente, para volver a caer de espaldas ante el poco conocimiento que tenía sobre los seres del planeta Whuter.

—¿Victoria Stardust? —siguió el pequeño ser azul—. Venga conmigo.

—¿Qué...? —intentó preguntar, pero el fuerte y penetrante dolor de cabeza volvió a ella, haciéndola rodar de lado—. ¡Ah! ¡¿Qué sucede?! —

—Su presencia es solicitada en la sala de interrogatorios —respondió el ser—. Por Reglamento del Sistema Interespacial 12-A he

de decirle que se prohíbe el pensamiento dentro de las celdas nivel cuatro y que cualquier infracción de esta ley causará una descarga de rayos hiper-gamma a su cerebro. Por su bien, manténgase ausente de pensar y sígame.

Lo recién dicho le resultó tan absurdo que no pudo evitar formular otro pensamiento e intensificar así la jaqueca producida por los rayos hiper-gamma. Por si esto fuera poco, el extraño surgir de un par de botas blancas sobre sus piernas desnudas le desconcertó todavía más y, no queriendo formularse la pregunta de cómo se formaron prácticamente de la nada, se incorporó y salió a la brevedad, siguiendo al pequeño ser azul.

Ahora sabía que aquel extraño lugar era una celda en una prisión espacial. Sin embargo, el qué hacía ahí y por qué aquel ser azul se refería a ella como Victoria Stardust eran dos cuestiones por completo desconocidas. ¿Qué estaba sucediendo? El tan solo preguntarse eso sin producirse un dolor de cabeza era señal de que ya podía volver a formular pensamientos sin problema. Ciertamente, no escatimaría de esto, aunque quisiera, al situarse en un lugar como en el que estaba.

Si su celda le había resultado desconcertante, más lo hacía el pasillo al exterior de esta. Era largo, predominante de una tenue luz amarilla y, pese a ir todo derecho, subía y bajaba como si se tratasen de pequeñas y amontonadas colinas —similar a como si caminase en el contorno de la más alucinante tuerca—. A un lado y otro, se distinguía gran cantidad de puertas, cada cual con extraños caracteres marcados sobre una pantalla azul.

—¿Qué es este lugar? —se preguntó otra vez—. ¿Por qué estoy yo aquí?

Trató de pensar en lo último que recordaba antes de despertar en tan extraño sitio.

La borrosa imagen de un joven que había conocido en la mañana, pero del que no lograba memorar aún su nombre, se vislumbró en su mente. Era alto y amable, pese a que había algo inusual en él que no podía describir qué era. Parecía agradable y la escena en

la que se situaba la joven era una en la que él se disculpaba en un aula de clases.

La imagen se borró de su mente al oír el rugido de un enorme guardia bicéfalo que pasaba entonces a su lado y que la miraba con todo disgusto en cada uno de sus cuatro ojos. La joven le observó tan extrañada que ni logró tener miedo. En realidad, entendía tan poco de la situación que no podía sentir otra cosa fuera de curiosidad.

—¿Qué es este lugar? —se volvió a preguntar en voz baja, sin esperar respuesta.

—Está en la nave Naranja Beta II, de la Agencia de Seguridad Interestelar del emperador Onod —respondió el ser azul—, con rumbo a la estrella Tzelza del Sistema Capricornio, a una velocidad de doscientos años luz por nudo vertical.

—¿Doscientos años luz?! —exclamó Victoria, alarmada.

El ser de Whuter no dijo más, dando ahora vuelta por la izquierda a otro pasillo. En este predominaba una suave luz rosa; de igual forma, subía y bajaba en pequeñas colinas amontonadas.

—¿Cómo pueden construir algo como esto? —cuestionó la joven terrícola.

La ausencia de respuesta le hizo rendirse a encontrarle lógica al asunto, aceptando el hecho de que estaba en una prisión espacial en la misma forma que uno acepta la lógica de los sueños.

—Entonces, una nave espacial —dijo—. ¿Y por qué es que estoy aquí?

—Todos los asuntos referentes a prisioneros espaciales deben tratarse con sus oficiales a cargo —respondió el ser azul.

—Pero ¿sabes por qué estoy aquí?

—Todos los asuntos referentes a prisioneros espaciales...

—Está bien, no me digas —exclamó, rendida—. ¿Qué clase de cosa puede hacer alguien para caer en un lugar como este?

El ser se detuvo frente a una puerta de metal indescriptible, de color verde oscuro e hipnotizante. Apoyó su pequeña mano amarilla sobre la puerta y dijo una serie de pequeñas palabras en un dialecto indistinguible, similares a una contraseña.

—¿Esos son números espaciales? —preguntó Victoria, sin recibir respuesta.

La puerta metálica de color verde oscuro e hipnotizante desapareció en el suelo y les concedió el paso. Tan pronto la joven pasó al siguiente lugar al que se adentraban, la puerta emergió del suelo y bloqueó el paso.

—Las películas espaciales se equivocan —dijo—. Las puertas bajan, no suben...

Una de las manos del ser de Whuter tocó el brazo de Victoria, desconcertándola hasta hacerla temblar. Era grumosa y pegajosa, como la de un reptil en pantano.

—¡Ah! —exclamó ella con disgusto.

La pequeña mano del ser se aferró a su piel, haciendo a la joven soltar un chillido.

—¡Ah, no pellizques! —trató de zafarse.

La mano del ser era demasiado fuerte para zafarse de ella, llevándola consigo hacia la primera de las cinco puertas que ahí se mostraban. Se situaban ahora en un tipo de pasillo lateral que, a una distancia de cinco metros, mostraba cinco puertas de diferentes colores y metales no conocidos por los terrícolas, en un entorno completamente blanco.

—¿Qué es esto? ¿Un programa de juegos dirigido por Kubrick? —se preguntó.

Naturalmente, no hubo interacción por parte de su pequeño y extraño guía, que la llevó a la segunda puerta, aquella de color rojo. Puso otra de sus seis manos sobre esta, volvió a decir un código de caracteres desconocidos y la puerta descendió.

—Adentro, por favor —dijo en su voz chillona y empujó a Victoria al interior.

—¿Por qué me empujas? ¡Ya habías dicho «por favor»! —reclamó Victoria, apenas evitando tropezar.

—Su custodio llegará en unos minutos.

Y la puerta salió del suelo, dejando a Victoria ahí encerrada. Ahora se encontraba en un cuarto de tenue luz naranja. Nueva-

mente era imposible distinguir los confines del espacio, pero esto ya no le sorprendía. Solo suspiró, preguntándose otra vez:

—¿Cómo llegaste aquí?

Su mente vislumbró ahora el seguimiento de su pensamiento de lo último que sabía que había pasado antes de aparecer ahí. La imagen de su aula de clases apareció en su mente. Se trataba de un aula amplia y clásica, con paredes y muebles de madera y un extenso pizarrón acompañado de un librero lleno de gruesos y polvorosos libros de ciencia y astronomía; y en medio de este salón se había ubicado Victoria, sentada en una de las bancas principales, comiendo una manzana y escribiendo algunos apuntes en su libreta, momentos antes de la clase, cuando aquel joven cuyo nombre no recordaba apareció a su lado.

—¿Te conozco? —le preguntó.

—¿Hmm? —contestó Victoria, con la manzana en su boca.

—¿Te conozco? —reiteró el joven, curioso—. Te me haces extrañamente conocida, pero no estoy seguro de dónde...

Victoria se sonrojó y encogió en hombros.

—¿Cómo sabría de dónde? —preguntó ella—. No creo haberte visto antes.

—Quizá no soy tan reconocible como tú —señaló el cabello bicolor de Victoria.

Victoria se ruborizó un poco. No era extraña a los cumplidos, pero había algo en la actitud de aquel joven que se diferenciaba de otros. Un tipo de confianza personal que era acompañada de una elegancia y cordialidad en su habla.

—Hmm —siguió—. Quizá si me dices tu nombre, pueda saber de dónde te conozco.

—¿Mi nombre? —cuestionó Victoria—. ¿Cómo eso te haría saber si me conoces?

—¿No son los nombres acaso lo que identifica más fácilmente a una persona?

Al momento, las voces de sus compañeros cesaron con la entrada del profesor.

—Buen día, clase —exclamó el profesor Jack Davies.

Se trataba de un hombre alto y delgado, entrado en sus cincuenta y de mirada intensa, con un tipo de sarcasmo inherente en su voz.

—Si ya terminaron de hablar del nuevo atuendo de Mick Jagger esta semana, ¿están listos para prestar atención a clase? —continuó.

El grupo entero asintió con la cabeza y un silencio predominó en la mayor parte del aula, aunque con aquel joven insistiendo una vez más en el nombre de Victoria.

—¿Tu nombre entonces? —preguntó.

—Victoria —le dijo ella—. Victoria Locke...

—Victoria —repitió el joven, analizando el nombre—. Bonito nombre...

—Gracias —volvió a ruborizarse—. ¿Y tú eres?

—¡Srta. Locke! —exclamó el profesor Davies—. Puedo ver que está en el modo del habla... —indicó con una sonrisa mientras se sentaba al borde de la mesa—, ¿puede hablarnos entonces de lo que curiosamente hablamos la clase pasada?

Victoria se enrojeció y asintió con la cabeza, apresurándose a pararse para responder.

—Hablamos de ecuaciones en medición de movimiento entre cuerpos celestes.

—¡Perfecto como siempre! —siguió el profesor—. ¿Y podría decirme quién es el joven que está sentado a su lado? Se ve feliz y risueño y no hostigado, como suelo poner a mis alumnos. —Una risa se dio entre sus alumnos.

—Ah, pues... es... —titubeó Victoria, sin saber, y miró al joven.

El joven se incorporó e hizo una reverencia con la cabeza.

—Arthur Hobbes —se presentó—. Y no, profesor Davies, no estoy en su clase. Disculpe. La verdad es que solo entré por Victoria... La Srta. Locke —corrigió, con una reverencia hacia el joven—. Pero me encantaría quedarme.

El profesor Davies marcó una sonrisa.

—Y a mí me encantaría que te largases —respondió, ladeando la cabeza.

—Desde luego —respondió Arthur, amable y haciendo caso.

Se despidió de Victoria con otra reverencia de la cabeza y salió del aula.

—Romance en clases de astronomía —exclamó el profesor Davies—, ¡qué trillado!

La clase rio.

—Bien, bromistas... abran sus libros, a ver si aprenden algo hoy —continuó.

Victoria regresó a su asiento y tomó su libro, brevemente mirando hacia la puerta por donde Arthur Hobbes se retiraba, echándole un último vistazo que era acompañado de una sonrisa confiada.

El pensamiento de Victoria se disipó al momento con el sonar de una voz robótica que la hizo regresar a su situación actual, la nave de prisioneros espaciales.

—Su custodio hablará con usted en unos minutos. Por favor, disfrute de nuestras bebidas, cordialmente ofrecidas por la Asociación de Minería Galáctica para el beneficio social —indicó la voz robótica.

Una tabla roja apareció por un compartimento en una pared, cargando en ella tres jarras, cada una con un diferente tipo de bebida. Victoria se aproximó hacia estas todavía mirando alrededor y luego hacia las bebidas. La primera era clara como agua pura; la segunda era blanca y espesa como leche fresca; y la tercera era roja transparente como agua de Jamaica. Las observó detenidamente un momento, tratando de decidirse.

—Quizá si esto es un sueño, esto simbolice psicológicamente que alguien ha puesto algo en mi bebida —se dijo hacia sí, pensando y decidiéndose por la que pareciese leche.

Al aproximarse para tomarla, una mano robótica surgió por la pared y vertió un vaso de la bebida que dio a Victoria.

—¿Gracias? —exclamó, dudosa, conforme la mano desaparecía otra vez.

Olfateó la bebida. Tenía un aroma dulce y tranquilizante. Victoria la tomó hacia sí y le dio un suave sorbo. No estuvo mal los primeros segundos, pareciéndole dulce y de buen cuerpo... antes de producirle un fuerte ardor en la lengua que la hizo escupirlo todo.

—¿Qué es esto?! —gritó, pasándose la lengua por el antebrazo.

—Es un trago de leche de gorguta —respondió una voz a su espalda que la tomó por sorpresa e hizo voltear.

—¿Que nadie hace ruido aquí al entrar?! —reclamó al momento, antes de sorprenderse todavía más ante la figura que acababa de entrar.

No era ninguna criatura extraña. Ningún ser alienígena peludo con muchos brazos ni con más de una cabeza. Por el contrario. La figura de quien acababa de entrar le era más conocida de lo que habría de imaginarse, y fue precisamente eso lo que la desconcertó.

—¿Arthur Hobbes? —preguntó Victoria, viéndole ahí parado detrás de ella y con un vistoso uniforme azul.

—Hola, Srta. Locke —respondió Arthur—. ¿O debería decir Srta. Stardust?

—¿Qué haces aquí? —cuestionó, extrañada—. Esto es un sueño, ¿cierto? Debe serlo. No puedo pensar y nada tiene sentido. Alguien debió poner algo en mi bebida. Quizá Jannie. Siempre me hace esas bromas pesadas...

Arthur sopló una pequeña risa por la nariz y se movió a la barra de bebidas. Sus manos iban bien pegadas a su espalda, como todo un caballero.

—Debo reconocerlo, es una buena fachada la que presenta —dijo—. Pero estamos muy lejos de la Tierra como para que pueda engañar a alguien, Srta. Stardust...

—¿Por qué me dices así? —preguntó Victoria, extrañada—. Mi nombre es Locke, no Stardust. Te lo dije... ¿Y cómo que estamos muy lejos de la Tierra? ¿Dónde estamos?

Arthur pidió por un vaso de aquella bebida roja, que la mano robótica le concedió.

—Por favor —contestó—, como si no conocieras una nave espacial Naranja Beta —dijo, dándole el vaso de agua roja—. Ten, bebe un poco de esto. Te aclarará la mente... o te quitará el mal humor, siquiera.

—¡No tengo mal humor! ¿Qué es esto?

Lo olió brevemente. Arthur pidió un segundo vaso de aquella bebida.

—Es agua de roca marciana. Es relajante.

—Parece un refresco —le dio un sorbo—. No está mal. No arde como la otra cosa esa... roca marciana —exclamó entre dientes, incrédula—. La cosa esa azul que me trajo aquí dijo que mi custodio hablaría conmigo... ¿eres mi custodio?

—Así es —respondió Arthur, dando un pequeño golpe al techo.

En acto seguido, una pequeña plataforma se elevó del suelo y luego se separó, formando una mesa y dos asientos.

—De acuerdo... —exclamó Victoria—. ¿Y eso qué significa?

—Significa que yo estoy a cargo de ti. Vamos, siéntate... Hay mucho de qué hablar.

—Como digas, Arthur...

—Mi nombre no es Arthur —contestó este, tomando asiento— y deberías dejarte de esa fachada de terrícola que no entiende nada. Podrá haber funcionado con ellos, pero no aquí y no conmigo. Sabemos que eres Victoria Stardust... Si el cabello no te delataba, tuviste la mala idea (o quizá buena si crees que nadie habría creído que sería algo tan obvio que nadie lo creería) de seguir usando tu nombre de pila... y si eso no era suficiente, la indiscreción de conversar con el criminal interespatial Jagvies fue el punto culminante... y a partir del cual te encontramos de hecho.

Victoria seguía tratando de descifrar qué había ocurrido.

—Eso fue. Alguien debió ponerme algo en alguna bebida o alimento. Me las van a pagar cuando despierte —suspiró—. Bien, Arthur o como te llames...

—Arnhun Jupset, agente de la Guardia de Seguridad Interespacial.

—Arnhun Jupset, agente de la Guardia de Seguridad Interespacial, claro —repitió Victoria—. ¿Qué es todo esto? ¿Quién se supone que soy en esta lúcida fantasía por la que golpearé a alguien muy fuerte?

—Si quieres seguir con eso... —suspiró Arnhun, cansado—. Tú, Victoria Stardust, eres buscada en doce sistemas por diferentes cargos de asalto e incitación a desorden galáctico... —presionó un botón casi invisible en el escritorio.

A su espalda, una pantalla se mostró en la pared, comenzando a proyectar una serie de archivos relativos a la dichosa Victoria Stardust. Eran diversos hologramas de color verde que mostraban la imagen de una joven idéntica a Victoria, con la única diferencia de vestir una estafalaria armadura ajustada, y a la cual, en caracteres extraños, parecía señalársele en asuntos de revueltas espaciales.

—Se parece a mí, de acuerdo... —dijo Victoria—. Entonces, ¿qué significa eso? ¿Qué soy un tipo de pirata espacial o algo?

—Tomaremos eso como una confesión —siguió Arnhun—. Y más recientemente, por tus reuniones con el capitán Jagvies.

—¿Quién?

En el holograma apareció ahora la imagen de un hombre que resultó muy familiar a Victoria, el profesor Jack Davies.

—¿El profesor Davies? ¿Qué hace él en mi sueño lúcido?

—Él es el capitán Jagvies. Por favor, Srta. Stardust, deje de fingir. Sabemos que usted es Victoria Stardust y que en las últimas semanas en la Tierra estuvo reuniéndose con el capitán Jagvies para conversar sobre algo. Sabemos que Jagvies está involucrado con los planes del enemigo del emperador Onod, Zyrbi...

Victoria echó una breve risa.

—Ese sí que es un nombre ridículo... —exclamó—. ¿Quién es Zyrbi?

—Zyrbi el Destructor es el señor de la constelación Medusa —explicó Arnhun.

—De acuerdo... —seguía incrédula—. Y entonces, ¿yo...?

—Se reunió con el capitán Jagvies en la Tierra. Queremos saber para qué. Si coopera con nosotros, el emperador Onod estará agradecido y le concederá el perdón a sus crímenes galácticos.

—Si eso significa despertar, está bien —frunció el ceño y se concentró en pensar en las conversaciones que tuviese con el profesor Davies—. Recuerdo que hablábamos de cosas de astronomía en general, como velocidades y tiempos en el cosmos... y cosas así.

—¿Algo sobre planes de reunión con Zyrbi? ¿Zyrbi pensaba unirle en la Tierra?

—No sé quién es Zyrbi. El profesor nunca habló de nada de eso... El profesor Davies es un pirata espacial —echó una risa—. ¡Genial! Eso explica cómo sabe tanto sobre el universo... Lo que sí hablamos un poco más detallado fue sobre la medición del tiempo en el universo... su relatividad y esas cosas.

—Relatividad del tiempo... —Arnhun pareció pensarlo—. Interesante. —Se dirigió hacia el techo—. Pídase una reunión con la comandante Acstar. Creo que podemos tener un indicio de lo que Zyrbi y Jagvies están pensando...

Victoria siguió con la mirada las acciones, mientras una lucecita verde de aprobación aparecía como respuesta en el techo.

—Raro —dijo— y genial... Hablar por paredes. Muy Pink Floyd... —dio otro trago a su bebida y miró a Arthur—. Entonces, si eres del espacio, ¿cuál es tu edad?

Arnhun estaba perdido en sus pensamientos.

—¿Hmm? Ah... Doce vueltas al sol Dure.

Victoria trató de calcular esto, no teniendo idea absoluta de qué era.

—Srta. Victoria —repuso Arnhun—, creo que está algo alterada por el viaje y que necesita descansar un poco para poder pensar bien lo que está sucediendo. Le concederé un descanso de treinta minutos en el área de comida de la nave mientras me reúno con la comandante... —se levantó—. Por favor, piense bien en todo esto. El destino del universo depende de su cooperación...

—Trillado... —exclamó—. Una pensaría que sus sueños son más originales...

—Por más que odie a Onod, esto va más allá de él —siguió Arnhun—. Por favor...

—Está bien... Haré lo que pueda, agente espacial Arnhun Jupset...

Se levantaron de la mesa y Arnhun la escoltó a la puerta.

—Siga a Brut, él la llevará al comedor —indicó Arnhun.

—¿La cosa esa azul con voz de trompeta?

La puerta se sumió en el suelo, mostrando ahí a Brut, el ser de Whuter. Arnhun le solicitó que llevase a Victoria al comedor y al par de pasos desapareció detrás de la puerta que volvía a emerger del suelo. Victoria le echó una larga mirada antes de ser distraída por la mano de Brut, nuevamente desconcertándola.

—¡Deja de hacer eso, hombre! Eres masculino en tu especie planetaria, ¿cierto?

Brut no respondió, limitándose a llevarla rumbo al comedor.

